



INDIVISA MANENT

Javier Hernández Velázquez

INDIVISA MANENT



Primera edición: septiembre 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Javier Hernández Velázquez

ISBN: 978-84-18958-04-5

ISBN digital: 978-84-18958-05-2

Depósito legal: M-25525-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Esta novela y el premio que subyace está dedicado a mi
hermana, May y a José Ángel, alias Gongut.*

*Los dos, estuvieron a mi lado en una etapa de ira y fuego
y han sido, sin ser conscientes, los culpables de la historia que
vais a empezar a leer.*

Lo que dejamos atrás y lo que tenemos por delante no son nada comparado con lo que llevamos dentro.

RALPH WALDO EMERSON

INTRODUCCIÓN

El destino ayuda a creer que hay un orden entre tanta desgracia.

Pero no lo hay.

—Tu hermana Alma era una buena chica, la venganza no calmará tu dolor.

—No sabes nada de mi dolor. Debo encontrar mi destino.

—¿Porque ella te lo dijo? Empieza a pensar por ti mismo porque ella está muerta y tú estás aquí.

—Si no crees en el destino, ¿en qué crees?

En aventurarse en el aquí y ahora.

Recordar resulta un ejercicio peligroso.

El pasado es un infierno de ansiedad.

Apretar un gatillo es sencillo.

Incluso puede ser la solución a un problema.

Siempre que orientes adecuadamente la dirección que tomarán las balas.

Porque si disparas a un hombre como yo, una de dos, o me matas o yo te mataré a ti.

Una vez escuché decir al congresista Francis Underwood cómo hay momentos en que requerimos a alguien para hacer cosas desagradables, pero que son necesarias. Lo decía al mismo tiempo que mostraba un pragmatismo despiadado matando, con sus propias manos, a un perro que agonizaba. Eso pone de relieve que, en situaciones extremas, hay dos clases de dolor. El dolor que te hace más fuerte y el dolor inútil, el que solo es sufrimiento. Yo, igual que el señor Underwood en *House of cards*, no tengo tiempo ni paciencia para las cosas inútiles.

Mi nombre es Cristian.
Me afané en ocupar la mente y preparar el espíritu.
Entonces, la acción correcta significaba dejarlo estar.
Esta es la historia de un ajuste de cuentas.
Mi visión de cómo volver a equilibrar la balanza.
La cuestión siempre ha sido cuándo.
Por eso, jamás confundas mi silencio con un signo de debilidad.
Nadie planea una venganza en voz alta.

PRIMER ACTO:

Érase una vez en El Calvario

Un viaje de mil millas empieza con un aliento.

1

El Calvario, hace quince años

Alma estaba despierta haciendo preguntas a unas cartas del tarot. Esa mañana mantuvo una conversación con Eulalia que marcaría su futuro. Las palabras de nuestra madre eran un engaño, y los efectos de aquellas pastillas que le había recetado el ginecólogo revolvían como en una lavadora su estómago. Notó como si fuera a vomitar sangre.

—¿Quieres otra? —ofreció Miguel.

Movió la cabeza de izquierda a derecha. Miguel y su padre, don Julio, la habían metido en un mundo ficticio. Además, estaba nuestra madre. Todos intentaban manipularla. Querían que se abriera y fuera una persona que ya no era. Desconocía lo doloroso que iba a resultar guardar sus secretos. Solo deseaba comunicarle a Miguel que lo iba a dejar. Sentía temor al verse sola. Debió haberme hecho caso, pero decidió no esperarme. Miguel cogió su móvil y lo tiró por la taza del váter.

—¡Qué haces, Miguel! Ahí tenía todos mis contactos.

—Es hora de que hagas nuevos contactos... ¿Qué tal te fue en el ginecólogo?

Alma no pensaba satisfacer su curiosidad. Hacía meses que se había refugiado en una mentira en la que envolver su secreto. Aquel facultativo privado al que la remitió el padre de Miguel era un degenerado. Un salido, al que fue a ver porque le dolía la cabeza,

no dejaba de vomitar y no le había bajado la regla. Aquel sádico, después de ratificar el resultado de su test de embarazo y efectuar un contraste de ADN, se entretuvo masajeándole las tetas buscando tumores en su pecho. Sonaba el *Karma Chameleon*, de Culture Club. Miguel, apoyado en la puerta con una botella de ron y un cigarro en las manos, tosió y volvió a reclamar su atención:

—¿Estás preñada, nena? —el cupo de engaños estaba agotado, aunque el miedo reprimía las palabras—. Esta situación me aburre. Quizá haya algo que podamos hacer...

Alma esbozó una sonrisa de tragedia cuando recordó una advertencia de nuestra madre: una persona sabe que las cosas van mal cuando ve llover por la noche. Miguel dejó caer la botella de vidrio al suelo. El cristal estalló en pedazos. Olía a yerba y cerveza, y tenía los ojos húmedos e inyectados de sangre. Con parsimonia, apagó el cigarro en la pared y se acercó hacia la cama. La mueca grotesca cincelada en la cara de Alma lo enfadó:

—¿Qué te parece tan divertido, nena?

Inesperadamente, golpeó su cara, la levantó y la empujó contra la pared. A continuación, procedió a zarandearla y la arrojó, con rabia, sobre la cama. La situación tornó en inevitable. Se quitó los pantalones y los calzoncillos. ¿Cuántas veces necesitaba escucharla gritar no para que aquello no sucediera?, se preguntó Alma. Desesperada, movía los labios, pero él no quería escuchar.

Miguel se echó encima y la penetró, aprisionándola debajo de su cuerpo. Alma intentó zafarse; sin embargo, Miguel la inmovilizó. Comenzó a empujar con rabia para que su miembro entrara más profundamente. Jadeaba ruidosamente contra su cuello. Alma solo deseaba que se fuera rápido, aunque temía que esa noche acabara todo. A pesar del esfuerzo por contenerse, García se derramó rápidamente. Alma sintió cómo la inundaba la calidez viscosa del semen y abrió las piernas para dejarlo salir.

Sonaba *Save a Prayer*, de Duran Duran. Ella temblaba. Intentó articular palabra. Le fallaba la voz. La vida se apagó cuando García

cubrió su cara con la almohada. Alma dejó de pensar. Apenas tenía una certeza: si quería ser fuerte, debía aprender a luchar sola.

Se equivocaba.

Debió haberme hecho caso y no haberlo dejar entrar jamás en aquella habitación. Nuestra última conversación aún resonaba en su mente:

—No voy a dejar que tomes tus decisiones, hermana. No te voy a dar ninguna elección. Si te dejo decidir, no sabría cómo mantenerme a salvo.

—No tienes por qué mantenerme a salvo, Cris.

—Todo esto puede acabar.

—Va a acabar. Déjame hacerlo a mi manera, hermano.

Estaba empezando a entender qué clase de persona era yo. Y yo no tardaría demasiado en hacer el camino inverso. Fue una idiota. Yo no llegaría a tiempo. En unos segundos, Alma dejó de tener consciencia. Justo cuando la puerta se abrió.

2

Cuando entró en la habitación el estupor contuvo las palabras. Observó asombrado y analizó la situación consciente de que ya no podía hacer nada. No es que no quisiera, es que no quería verlo. Aquello no debió haber sucedido nunca.

—¡Joder, Miguel! ¿Qué carajos has hecho?

—Lo siento, lo siento mucho...

Ambos aceptaron que Alma había dejado de respirar. Mientras Miguel se tiraba de los pelos, él cogió su móvil e hizo una llamada.

—¡Señor García, soy yo! Algo ha salido mal... La chica está muerta.

—¿Está mi hijo Miguel contigo?

—Sí, señor...

—Pues márchense de ahí los dos echando leches.

—Señor, ¿qué hacemos con el cuerpo de la chica?

—He dicho que se vayan..., ¡o es que no me entiendes!

Colgó el teléfono. Miró a Miguel, que parecía enclaustrado bajo los efectos de las drogas. Abrió los contactos y deslizó la pantalla hasta la C. Al llegar a Cris, pulsó.

—Sí, ¿quién es?

La voz distorsionada impedía la identificación del usuario.

—Vaya a casa de su hermana.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién es usted?

Las dos preguntas quedaron sin respuesta. Abrió de nuevo la puerta.

—Lo siento, lo siento mucho... —se justificó Miguel.

—Ya has pedido perdón y nunca será suficiente. ¡Vamos!

Pero Miguel tomó una mala decisión: quedarse. Él, sin embargo, no iba a cometer esa equivocación. Salió y cerró la puerta a su espalda. Si aquel capullo no se marchaba de allí, tampoco saldría vivo de la habitación. Lo que tenía que suceder iba a ocurrir. Ni él ni nadie podrían impedirlo.

No dejaba de haber cierta justicia poética en la situación.

«¿Estás bien?», se preguntó. «He estado mejor», fue la respuesta instantánea.

Las cosas nunca volverían a ser como eran, jamás.

3

¿Hasta dónde debe huir una persona para estar a salvo?

Una pregunta que nunca logré responder.

Mi hermana, Alma, estaba muerta cuando llegué a su casa.

Si me hubiera esperado, juntos podríamos haber evitado todo lo que sucedió.

Ya no podemos. Debimos haber permanecido unidos.

Junto con mi madre, entré en la habitación. En medio de la confusión, ella fue a la sala y apareció con la escopeta de caza de mi padre. Improbable remediar lo que iba a suceder. Alma nunca volvería. Miguel, el primogénito de los García, tampoco llegó a comprender la realidad al notar el vacío que atravesaba su pecho cuando mi madre disparó. Se retorció y cayó a plomo. Un reguero de sangre comenzó a desparramarse. Intentó alzarse, pero la espalda impactó contra el suelo y quedó definitivamente inmóvil. Muerto.

Quitó a mi madre el arma, que mantenía aferrada como una prolongación de sus brazos. Me acerqué hasta Miguel García y disparé horizontalmente un primer disparo que terminó impactando en la pared. A continuación, bajé el fusil y disparé a su cabeza. Saltó en pedazos. Después me acerqué hasta mi hermana y pedí un imposible:

—¡Alma! Por favor, no te vayas.

Me mordí los labios hasta que sangraron.

Pasaron, como ráfagas, todas esas pequeñas cosas que debí decirle antes de que muriera.

La sostuve entre mis brazos.

Los García acababan de destruir a una criatura hermosa. Más bella de lo que nunca comprenderían.

Desvié la atención hacia mi madre. Su intuición alertó de que la situación la superaba. Hizo un gesto para que me fuera.

—No puedo hacerlo, madre.

—Puedes y debes.

Esa noche cambió mi vida.

Para sobrevivir me convertí en un monstruo.

En ocasiones, me cuestiono acerca del hombre que fui o la persona que pude haber sido. En esos intervalos, las mentiras se amontonan en mi consciencia para que los hechos apenas tengan valor de verdad.

Me inserté en la guerra.

Escapar de ella nunca es fácil.

El primer paso no te lleva a donde quieres ir, pero te saca de donde estás.

¿Dónde estaba Saúl?, me pregunté. Debía haber estado con Alma por si decidía reunirse, a pesar de su consejo, con Miguel.

¿Dónde estaba?

¿Y qué importaba?

Yo era el culpable de lo que había sucedido. Siempre pensé que podría haberlo hecho mucho mejor y protegerla. Esa era mi única ocupación: protegerla. Hacerla sentir a salvo. Decirle que nunca pasaría nada, que estaría siempre allí. Ahora, ni siquiera podía hacer eso. Todo desde esa noche se convirtió en irrelevante.

Nunca debí confiar en mi madre. Ella quería que yo desapareciera y regresara su hija. Comenzaba a amar a la muerta y odiar al vivo. No era complicado de entender. Quizá, sí de aceptar. Así que me sacrificué. Hay momentos en que la vida te coloca a la misma distancia de huir y de quedarte para siempre. Esa noche, Saúl y su culpabilidad por no haber estado donde debía me acompañaron hasta la salida del pueblo:

—¿Podrás perdonarme, Cris? Nunca debí dejar sola a tu hermana.

—¿Podrás perdonarte tú?

En ese instante, sin ser consciente, también estaba perdiendo a otras dos mujeres. Una se llamaba Fe y era mi chica. No me acompañó en mi huida. La lluvia de esa noche disolvió la realidad. Nada volvería a ser igual. Jamás vi tanta lluvia. El viento soplaba como

un dios enfurecido. Tenía derecho a tener miedo, pero no iba a permitir que me dominara. Fue la tormenta, y el agua golpeando sobre los cristales de las ventanas, lo que me llevó a tomar una decisión basada en mi instinto. No solucionaría nada defendiéndome de la acusación de una muerte que no cometí. Aun así, actué fríamente para que fuera sencillo que me detuvieran y mi madre saliera exonerada.

La verdad se ve diferente a través del orificio del impacto de una bala.

En la espesura de la tragedia, comencé una caminata críptica, desoladora y enervante, que planteaba el fin de mi mundo a cada metro de dolor, temor y desesperanza que dejaba atrás. Solo era una silueta en la oscuridad.

Dejé atrás a Fe.

¿Fui consciente del tiempo verbal?

Bajo la lluvia pensé en esa mañana. Amaneció un día hermoso en El Calvario. El sol brillaba y sentía que nada detendría mi estado de ánimo. Me equivoqué. Con la llegada de la noche, el cielo comenzó a llorar la desgracia. Recreaba un ciclo, sin un comienzo y sin un final. Sentí como si cada gota fuera una aguja que se clavara para que no pudiera olvidar lo sucedido. La lluvia colisionaba sobre mi cuerpo anegando mi cabeza.

«¿Es esta la vida real o solo una fantasía?».

Levanté los ojos al cielo: ¡no necesito compasión!

Mi marcha discurría al ritmo operístico de *Bohemian Rhapsody* con un tempo intrigante y un sentimiento contradictorio: estaba con mi madre y quería que me dejara ir como en aquel clamor desesperado de Freddie Mercury... La luna era la directora de orquesta que dirigía el proceso. Mi madre acababa de matar a Miguel, el primogénito de los García. Ella se encargó de acabar con su vida, yo me limité a poner la escopeta y volarle la cabeza. Mi vida, que acababa de empezar, se echaba a perder entre sentimientos contradictorios. Seguí escuchando la letra: «Mamá. No quiero morir. A veces me gustaría no haber nacido... Yo solo soy un pobre

muchacho al que nadie ama... Fácil viene, fácil se va, ¿me dejas ir?... No te dejaré ir. ¡Déjame ir! Mama mía, mama mía, mama mía, déjame ir. ¿Crees poder amarme y dejarme morir?... Solo tienes que escapar, solo tienes que conseguir salir de aquí. Nada más importa». Tenía razón. Nada más importaba.

*

Saúl me esperaba con su coche a la salida del pueblo. Fe estaba aterrada. Los lloros no sosegaban ni justificaban su decisión de no acompañarme. Había logrado desembarazarme de Luz. Ella sí quería largarse del pueblo conmigo. Nunca debí haber engañado a Fe y seducir a Luz. Nunca debí dejar que mi cuerpo hiciera todo por mí. Nunca debí haber hecho las cosas que hice. Demasiados «nuncas» incumplidos y ahora acarreaba con sus consecuencias. Comenzaba a odiarme, a escupir sobre la imagen manipulada que intentaba dar de mí mismo. No vería nacer a mi hijo. Probablemente Luz no llegaría a tenerlo. La verdad sería demasiado insoportable para todos.

Dejaba atrás un mundo regido por un montón de mentiras, fraudes, estupidez, odio y esquizofrenia. Mirada de cerca, mi vida mutaba en una tragedia; si conseguía cierta perspectiva, no dejaba de ser una comedia. Mi destino había cambiado sin que yo lo pudiera enmendar. Mientras, mi futuro circulaba contra la oscura corriente, inserto en una noche de tormenta eléctrica, como el hijo remendado del doctor Frankenstein, con un peculiar andar maltrecho y desgarrado.

Fue entonces cuando Luz salió a mi encuentro.

No me detuve. Aceleré el paso y la dejé atrás. Ella echó a correr, llegó a mi altura y me agarró del hombro.

—¿Podrías ir más despacio?

—No puedo ir más despacio. Saúl me espera en El Pinar.

—¡Estate quieto, coño! —me paré—. ¿Qué estás intentando demostrar, Cris?

—Intento echarle una mano, ¡no te das cuenta! Pero si esto no sale bien es lo único que puedo hacer...

—¿A quién?

—A mi madre.

—¡No me escuchas! Tienes la imagen de una madre perfecta. No la conoces, es una mentirosa. La confianza ciega es peligrosa. Pero si te hace feliz, créela.

—Debo irme para arreglar lo que ha sucedido.

—¿Te vas para salvarla o huyes de la verdad sobre tu madre?

—No soy un héroe.

—Es imposible ser un héroe cuando no hay nadie a quien salvar. No vas a poder salir del pueblo y lo sabes. Te detendrán.

Por un momento pensé en pararme y no seguir yendo contra corriente.

—Cierro los ojos y salto igual que tú, Cris. Por eso nos asustamos. Nuestros miedos nos controlan y no al revés, como debía ser. ¿Qué querría Alma que hicieras?

—Ella no querría...

Mis frases fueron detonadas en un instante vital.

—¿Y qué pasa conmigo? Estoy embarazada, Cristian. No me dejes sola aquí.

Una pareja de la Guardia Civil me detuvo antes de alcanzar El Pinar. Los agentes dejaron, antes de meterme en el coche patrulla, que Julio García se acercara. Se paró a un metro de distancia. Ignoraba cómo lo hacía, pero aquel hombre inspiraba pavor. Miró dentro de mis ojos, intentando inocular su veneno en mi alma. Movía la cabeza de arriba abajo, de derecha a izquierda. Las palabras dejaban saliva reseca en sus labios.

—Ahora, vamos a ser pacientes, Cristian. Cruzaste el umbral al matar a mi hijo. Dejaste tu mundo para entrar en el mío. Es una realidad que debes aceptar. Cuanto antes lo hagas será mejor para ti. Eras un buen chaval, pero incluso a la buena gente le ocurren cosas malas. ¿Sigues siendo buena persona? Ya no estás tan seguro, ¿verdad?

Me abrumaba su tranquilidad.

—Estoy listo para lo que me espera.

—¡No me hagas reír, chaval! Nunca lo estarás. Irás al infierno. Podría hablarte sobre sus llamas, sobre el dolor. Seguro que has intentado imaginar cómo es, pero es peor. Jamás volverás a estar seguro y te culparás de lo que ha sucedido, pero sin redención, porque no podrás cambiar nada. Las rosas son bellas, salvo que estén en tu tumba. Y lo estarán. Te doy mi palabra. Esto no acabará en el juzgado, ni siquiera en la cárcel a donde te mandarán. Si crees que la violencia no ayuda a solventar los problemas, es que no has pegado lo suficientemente fuerte. Todo terminará aquí, en El Calvario, y quiero que estés preparado para cuando llegue ese día.

6

Separada por el cordón policial, Eulalia observó la escena. Solo podía dar sentido a lo que estaba sucediendo si rebobinaba la conversación que tuvo la semana anterior con Julio García. La sombra de una pena emborronaba y nublaba el presente. El amor es difícil de conseguir. Hay que aceptarlo, venga en la forma que venga. Aunque, cuando se va, solo queda una nada difícilmente describible.

Allí estaban, frente a frente, Julio García y Eulalia. El minuto transcurrido sin hablar detenía el tiempo, las preocupaciones, pero también las soluciones. Fue ella la que derribó el primer muro:

—He estado soñando con mi hija. No me gustan esas pesadillas, temo que sean premonitorias y se conviertan en realidad.

—Sí, yo también las sufro, Eulalia. Ya sé que esta situación tiene mala pinta, pero lo vamos a arreglar. Es una situación complicada, ¿quieres un consejo? Simplifícalo. ¿Estás segura de que el niño es de Miguel?

Eulalia asintió. La conversación se interrumpió y ella descifró que no toda la verdad estaba aflorando. Aquel hombre, Julio García, al que creía conocer, se guardaba datos que seguramente camuflaban la verdad. Él detectó que ella se había puesto a la defensiva y trató de escapar de la siguiente pregunta que sabía que le haría.

—Hoy hay luna llena, eso hace salir a los chiflados —ella lo miró, sabía las intenciones de Julio al cambiar de tema—. Todos cometemos errores y espero que algún día tú me perdones los que haya podido cometer.

Sacó un sobre de la chaqueta y lo dejó en la mesa. Eulalia supo lo que había dentro y qué pretendía comprar Julio.

—No quiero tu dinero.

—¡Cógelo!

Algo sucedía que se le escapaba.

—Tú sabes más de esto que los chicos, ¿verdad, Julio?

Eulalia centraba la realidad. La respuesta que Julio García iba a dar a la crisis habría sido diferente si el resultado del análisis genético no hubiera detectado que el niño que Alma esperaba era suyo. La historia, irónicamente, volvía a repetirse.

—¡Coge el dinero!... Por favor.

—Ya te he dicho que ni yo ni mi hija queremos tu dinero.

—Y yo te digo que lo cojas.

—Tiene que haber otra salida.

—No la hay. ¿Quieres volver a repetir nuestra historia? Quiero estar seguro de que nuestros hijos tengan el futuro que se merecen. En el sobre tienes trescientos mil euros. Quiero estar también seguro de que mi hijo tiene el futuro que se merece. El resto, hasta el medio millón, será tuyo en cuanto tu hija le diga a mi hijo que ha perdido el bebé.

—¿Qué? ¿En serio me estás...? ¿Me estás hablando en serio?

—Sabes que sí.

—Quitar una vida te cambia para siempre, no quiero eso para mi hija, igual que no lo quise para mí.

—Por eso estamos en esta situación. Debiste haber tomado la misma decisión que te estoy brindando ahora. Nuestros hijos tendrán una vida por delante, olvidarán esta situación. Y a Cristian parece que le va bien junto a la antigua novia de mi hijo Julián.

O eso es lo que creía aquel hombre. Tenía demasiados frentes abiertos y su hija Luz era una incógnita inaccesible para él. No tanto para ella.

—¿Por qué tantas mentiras, Julio? Si fuéramos sinceros y honestos no estaríamos en esta situación.

—¡Mentiras! Eres demasiado débil para enfrentarte a la realidad, querida.

—¿Por qué no la aceptamos en vez de intentar cambiarla, Julio?... Si no...

—¿Si no? ¿De verdad crees que soy el tipo de persona que quieres como enemigo, querida?

—Si no te gusta cómo está puesta la mesa, dale la vuelta.

—¿Quieres un consejo? Ten cuidado con las batallas que libras, Eulalia, porque no siempre te resultarán tan fáciles. No sabes mentir.

En aquel fatídico instante, entendió que ella debía hacerlo y aceptó que cuando la oscuridad entrara sería para siempre. Rezaba por que estuviera equivocada. Que todo acabara con la decisión que había tomado Julio García.

Esta vez, ambos se equivocaban, en el futuro de la verdad y la mentira que ocultaban.

Se equivocaba en la idea de que podría ayudar a su hija a sacar adelante al niño, como ella hizo con Cristian.

A veces, somos nuestro peor enemigo.

Qué estúpida fue al no afrontar que era imposible que esto saliera bien. Nunca le diría a Julio que su hija, Luz, estaba embarazada de su hijo Cristian; aquella realidad disoluta estaba en los genes de la familia.

Su hija, Alma, murió creyendo que ella la odiaba.

Solo necesitaba la verdad y una mentira la mató.

